

LA CRUZ DEL SUR

Miró el reloj y descartó la urgencia. Las siete de la tarde. Tenía media hora para llegar. Había cronometrado el tiempo; sabía, incluso, el número de pasos que daría desde la boca de metro a la fachada del Palacio Barolo. La gente buena va al cielo, pensó, ella no iba a pudrirse en el infierno con las carnes abiertas y algún gusano ahogándose en su propia supuración. Ella era buena. Había evitado el odio que de pura costumbre se volvió resignación. Los buenos se resignan, se dijo, mientras Matías le hacía una seña estúpida desde la portería. Era un portero estúpido pero no podía odiarle, ni siquiera cuando le apretaba el pecho con las manos sucias, le pasaba la lengua áspera, la embestía y le llenaba el vientre de saliva viscosa. Ella cerraba los ojos y se abandonaba, imaginando el faro en la cúpula del edificio enorme al que Matías iba a conducirla en el momento preciso. Era 4 de junio; había llegado el día.

«Bienvenida al Palacio Barolo, la mayor joya arquitectónica de Buenos Aires», le dijo Matías como si ella fuese una turista, pero al oído, con ese asqueroso olor a uniforme sudado y el acento de campo que le sacaba de quicio. Pero no importaba porque ella iría al cielo, porque era tan buena que había esperado a que Guille tuviese trece años. Ella quería a Guille ¡Sí que le quería! Si no fuese por él, su hermano pequeño, se hubiera marchado la primera vez que su padrastro la tocó, cuando se metió en su cama para leerle un cuento tirando

los muñecos al suelo, aquella vez en la que su madre se tapó los oídos y le hizo ese gesto con el dedo índice sobre los labios encharcados en sangre. Ella quería largarse desde que la oscuridad dejó de darle miedo porque su padrastro entraba en la habitación para robarle su propio repertorio de pesadillas. Pero estaba Guille: no iba a abandonar al niño en casa. Ella era buena, ella esperaría a que su hermano tuviese los trece...

Y había sido Matías, el portero precisamente, el que unos meses antes del cumpleaños de Guille le indicó el camino para su huida sin regreso. «¿Sabes que el Palacio Barolo tiene un pasadizo directo al cielo?», le había contado en tono de misterio escupiendo una cantidad de información desordenada: le habló de la Divina Comedia, el libro de un poeta italiano, Dante Alighieri, muerto mil siglos atrás; y de la Cruz del Sur, ese grupo de estrellas que le enseñó a identificar su madre cuando no lloraba tanto y su rostro no parecía un terreno baldío. Que la Cruz del Sur se alineaba todos los 4 de junio con el faro del Palacio Barolo a las ocho menos cuarto abriendo un sendero que conducía al Paraíso, le explicó, sumando el dato de un antiguo portero del edificio que subió a la cúpula el día y la hora precisos; a la mañana siguiente sólo hallaron su ropa desparramada en la bóveda central de la torre.

Siete y cuarenta y cinco, se apresuró Matías, y la empujó al ascensor principal del Palacio Barolo. Llamó al botón de la última planta y se ubicó justo detrás de ella. «El edificio tiene veintidós pisos respondiendo a la métrica usada

por Dante Alighieri en los cien cantos de la Divina Comedia», le aclaró con una dicción tan perfecta que parecía robada. Se abrieron las puertas y ella observó un arco luminoso, con una placa de bronce en el que brillaba la estatua en oro de un pájaro con un hombre agarrado al pico. «El cóndor que condujo a Dante al Paraíso», le dijo otra vez Matías y ella quiso salir corriendo y abrazarse a ese pájaro de oro que conocía el camino a la salvación; pero un hormigueo punzante le paralizó las piernas y entonces estiró los brazos, los agitó con la desesperación del que se sabe ahogado, cerró los ojos, volvió a abrirlos y un arco oscuro que precedía una cueva profunda le nubló la mirada. «Estás en la primera de las nueve bóvedas del Palacio Barolo, el primero de los nueve círculos del infierno de Dante», recitó lentamente Matías con su voz robada y ella dio un primer paso tembloroso. No tengo nada que temer, se ordenó buscando la calma. Ella había sido buena, ella se había resignado, ella había ignorado el odio, incluso aquella noche que salió a bailar como hacía la gente feliz; la vez que su padrastro se volvió aún más loco porque a los niños pequeños no les pasaban esas cosas, pensó cerrando los puños hasta clavarse las uñas en las palmas de la manos; porque Guille era un niño pequeñito y frágil, recordó cerrando de nuevo los ojos hasta ver los de su hermanito aquella noche cuando ella finalmente regresó a casa: la mirada del dolor y la vergüenza.

No tienes nada que temer, se decretó en voz alta y empezó a andar por la primera cueva caliente y oscura sin la precaución de los seres que la rodeaban,

hombres y mujeres desnudos con los ojos vacíos caminando sobre fuego. Ella había sido buena, volvió a repetirse mientras la voz de Matías se volvía cada vez más ronca y ella intentaba moverse esta vez en el fango, que no eran más que ríos de sangre en ebullición... Pero no importaba, ella iba a salvarse, ella saldría de cueva horrible porque había esperado a que Guille tuviese los trece, queriéndolo, abrazándolo después de cada una de las noches en la que su padrastro entraba en la habitación del niño para amputarle un trozo de infancia. ¡He sido buena con mi hermano pequeño!, gritó en voz alta y de repente todo el frío del mundo se dio cita en su cuerpo. Se estaba congelando y sintió miedo, un terror inmenso que le partía las piernas, un pánico que le impedía cerrar los ojos para no seguir viendo a un hombre rubio y hermoso que desgarraba el cuerpo de otro con los dientes. «Es Lucifer devorando a Judas Iscariote», oyó una voz profunda anunciándole que había llegado a la novena bóveda, al noveno círculo del infierno. Ella no pudo correr, no pudo llorar ni maldecir; estaba paralizada como aquella otra noche cuando salió a bailar intentando ser feliz, aquella otra noche, la primera de muchas en la que su hermano Guille dejó de quererla. «Bienvenida al infierno de los traidores», escuchó junto antes de que unos colmillos afilados le atravesaran dolorosamente el cuello.

Gabriela Llanos